

# Colaboraciones

## VALDELATEJA, PREMIO PROVINCIAL DE EMBELLECIMIENTO Y SERVICIOS

Por Ángel Arcos

Ante la convocatoria del concurso fotográfico para los premios de Conservación del Patrimonio Urbano Rural, categoría C –localidades de menos de dos mil habitantes–, surgió la idea de participar ya que el pueblo contaba con realizaciones en obras y servicios que nos harían acreedores a tal galardón. El planteamiento fue muy simple: había que recoger –a través de fotografías– todo aquello que diese una imagen lustrosa del pueblo en el buen hacer de la recuperación de casas, la puesta en marcha de instalaciones –área infantil, aparcamiento de coches, etc.– o las nuevas dotaciones de objetos tan pintorescos como los contenedores de basura. No habría de olvidarse la nueva señalización de calles y otros espacios; éstos, en madera natural para acomodarse al entorno.

Era necesario realizar un cuidadoso trabajo fotográfico, ¿porque cómo sacarle el palmito a un cubón de basura? Ello quedaría en vestirlo de seda, y allá lo que fuese con la mona.

La sorpresa fue que, como pasa a los de Burgos, que apenas se enteran de que tienen catedral –por no visitarla–, nunca habíamos contemplado el pueblo con los ojos de quien ha que colgarle una medalla. Parecía que los vecinos, en los últimos años, se hubieran puesto de acuerdo para restaurar casas, fachadas y tejados –casi todos nuevos– al golpe de la batuta del buen gusto. No existía perspectiva de calle en la que no se hubiesen realizado trabajos nuevos: en su piedra natural, su enfoscado y pintado decorativo –en el caso–, y sus tejas entreveradas de oscuros y tierras, que parecían datar de docenas de años sin perder la línea perfilada de sus lomos.

Había que dar una imagen del pueblo como totalidad. Por ello, debiera incluirse un poco de todo: ermitas –las dos nuevas–; la fuente romántica del bosque de robles; el ábside de la iglesia –caja de resonancia, única en millas–; la pasarela del camino del “innombrable”; el futuro aparcamiento de vecinos –crucemos los dedos–; las pinturas airosas del artesano del pincel –que no brocha– que ha dejado en fachadas la impronta de un quehacer artístico bajo capa de oficio... Un solo fallo: se nos escapó el escudo del pueblo. Para la próxima.

A últimos de julio se presentó el jurado del premio para comprobar que las imágenes correspondían a la realidad y, de paso –suponemos–, rendirse a la evidencia de que los logros conseguidos iban más allá de lo que

podía registrar el celuloide. Hasta los contenedores quedaron airosos al ponerlos por detrás la postal de la Ermita y el Pico de Cabaña que en ese momento se vestían de oros. El aparcamiento de coches para visitantes –educados; los sinvergüenzas se cuelan en el pueblo– no se quedó atrás, exigiendo un fondo de roquetas y árboles.

Una curiosidad quedó satisfecha en la visita del jurado: el número de pueblos con los que había que medirse en tiros superaba la docena. La suerte –y los méritos, reconocidos; ha de hacerse honor al jurado–, nos atrajeron el premio que aún no hemos visto, pero haberlo, haylo.

Con el propósito de dar a conocer el evento, se montará una pequeña exposición con las obras fotográficas que marcharon con sus galas y volvieron con novio: dígase veinte mil duros –papel moneda– en la liga o el corsé.

